CUADERNOS DEL CENDES
AÑO 33. N° 92
TERCERA ÉPOCA
MAYO-AGOSTO 2016
CARACAS-VENEZUELA

Nicolás Maduro: ¿populismo sin carisma?*

NELLY ARENAS**

pp. 113-128

Introducción

No todo liderazgo carismático es necesariamente populista, pero los liderazgos populistas son casi siempre carismáticos. Por su forma de apelar al pueblo, prometiendo su salvación, el populismo requiere una jefatura extraordinaria capaz de encarnar esa promesa. Aunque la relación entre populismo y carisma no ha sido trabajada suficientemente, por lo general las aproximaciones al populismo, incorporan al carisma como característica regular. Esa asociación entre ambos fenómenos quizá se entienda mejor cuando constatamos que para el populismo el orden político no es asumido como producto de un vínculo racional-legal, sino como derivado de un «orden revelado» según ha puesto de manifiesto Loris Zanatta (2008), quien ha intentado establecer la conexión entre populismo y ethos religioso. El carisma, esa cualidad extraterrenal que, como indicara Weber, permite al líder que lo posea ser percibido como enviado de Dios, viabiliza la ruptura populista. En el caso venezolano, como se sabe, el liderazgo de Hugo Chávez provisto de un fuerte carisma impulsó tal ruptura. Tanto el inicio como el desarrollo posterior de la revolución bolivariana, son tributarios de ese liderazgo. Desaparecido prematuramente su portador, el proyecto revolucionario se ha enfrentado a la necesidad de mantenerse, de la mano de un sucesor, designado por el mismo Chávez antes de desaparecer de la escena pública. El escogido, Nicolás Maduro, uno de los hombres del cuadro dominante del chavismo está lejos, sin embargo, de portar esa gracia que los prosélitos reconocen y corroboran otorgando legitimidad ala autoridad carismática. Las preguntas que este trabajo se formula en consecuencia son en primer lugar si es posible hacer política populista aun sin la fascinación que provoca toda jefatura carismática y si en condiciones como ésta y bajo circunstancias de crisis como las que atraviesa Venezuela, es factible la permanencia del régimen preservando su legitimidad. Teniendo como apoyo las contribuciones de la teoría weberiana en materia de dominación carismática, y algunos

* Una versión más corta de este trabajo y bajo el título «El chavismo sin Chávez. La deriva de un populismo sin carisma» ha sido publicado por Nueva Sociedad en su edición Nº 261. Dada su relevancia, se le solicitó a la autora la publicación de esta versión más extensa como documento. La Profa. Arenas agradece al profesor Luis Gómez Calcaño sus atinados comentarios.

** Profesora Titular jubilada del Área de Desarrollo Sociopolítico del Centro de Estudios del Desarrollo, Cendes, de la Universidad Central de Venezuela
Correo-e: narenas50@gmail.com

aportes sobre el populismo en América Latina, como los de Ernesto Laclau o Carlos de la Torre, el texto se propone indagar sobre el tipo de populismo que encarna el Presidente venezolano. Así también el mismo intenta explorar sobre los costos que para la revolución bolivariana pareciera estar teniendo una dirección política con escaso ascendiente sobre las masas. La pregunta clave sería si un populismo desprovisto de carisma, como el que personifica Nicolás Maduro, es capaz de mantener en pié el tinglado, material e ideológico, sobre el que descansa el proyecto socialista del siglo XXI, erigido por el líder fundamental de la revolución bolivariana.

Hugo Chávez: populismo y carisma

Es un lugar común afirmar el carácter populista y carismático de Hugo Chávez. Si algún líder latinoamericano contemporáneo se emparenta con la figura de Juan Domingo Perón, en términos de esa doble característica, es el fallecido Presidente. Efectivamente, desde que la escena venezolana fue copada con su presencia, Chávez revitalizó la práctica política populista a través de un discurso cargado de emocionalidad que sintonizó eficazmente con la población.

En distintos trabajos hemos caracterizado al gobierno de Hugo Chávez como populista (Arenas y Gómez Calcaño, 2006a); (Arenas, 2007); (Gómez Calcaño y Arenas, 2013). Siguiendo a Carlos de la Torre convenimos en que el populismo es «una estrategia para llegar al poder y gobernar basada en un discurso maniqueo que polariza la sociedad en dos campos antagónicos: el pueblo contra la oligarquía» (de la Torre, 2013:26). En términos populistas, el pueblo es imaginado «como inherentemente correcto [cuya] voz es siempre indefectible» (de la Torre, 2015:9). Pero, para que se produzca «ruptura populista», es necesario que un conjunto de demandas sociales diferenciadas insatisfechas alcancen un «momento equivalencial» a partir de un «significante» que logra representar la cadena de demandas como totalidad[1] (Laclau: 2009:59). El fenómeno Chávez materializó claramente esta fórmula conceptual. Su nombre condensó un conjunto de aspiraciones presentes en la sociedad venezolana, ampliamente potenciado por su enorme carisma abonado seguramente por su proveniencia de los cuarteles. Al momento de emerger su figura cautivadora como jefe de la intentona golpista de 1992, en lo que Weber referiría como carisma in statu nascendi, un «período de excitación carismática» se iniciaba diluyendo los límites sociales a favor del «héroe», como indicara el mismo Weber (1992:865).

En un trabajo de investigación llevado a cabo sobre la base de entrevistas a un grupo de personas de distintas edades y sexos, Villarroel y Ledezma (2007), concluyeron que el

[1] Precisemos mejor este punto: un momento equivalencial es aquél en el cual todas las demandas particulares, puntuales, tienden a agruparse conformando lo que Laclau llama «cadena equivalencial» a partir de la cual es que puede constituirse un sujeto popular.

Presidente Chávez cumplía con casi todas las variables que según Weber distinguen a la autoridad carismática: cualidades extraordinarias, carácter revolucionario, desprendimiento y desinterés económico, oferta de bienestar a sus seguidores y responsabilidad ante sus adeptos. Aquí es necesario recordar con nuestro autor, que la legitimidad de toda autoridad carismática reposa en el reconocimiento y corroboración de estas cualidades por parte de sus seguidores. De allí que, si el portador de la gracia llegare a faltar, la cuestión de su sucesión se convertiría en un problema si este tipo de dominación quisiera institucionalizarse con horizonte de permanencia. La desaparición física de Chávez, absolutamente imprevista por sus acólitos, planteó esta disyuntiva al cuadro gobernante. De acuerdo al trabajo de Villarroel y Ledezma para la fecha en que se realizó la investigación, los seguidores del Presidente no veían como posible ningún relevo. Uno de los entrevistados afirmaba: «Yo creo que no estamos preparados todavía para una sustitución de Chávez (…) porque yo creo que en este momento el proceso se mantiene por él». «En estos momentos no veo ningún sucesor», indicaba otro (p.9). La necesidad de escoger un heredero, no obstante, llegó más pronto de lo que la gente pudo prever. A mediados de 2011, el Presidente comunicaba al país su grave problema de salud; año y medio más tarde, su decisión sucesoral. El 8 de diciembre de 2012, en lo que fuera su última aparición pública, el Presidente Chávez diría, en tono suplicante: «Si algo ocurriera (…) que me inhabilitara de alguna manera (…) que obligaría a convocar (…) de nuevo a elecciones presidenciales, ustedes elijan a Nicolás Maduro como Presidente (…) Yo se los pido desde mi corazón».

El anuncio pareció sorprender no sólo al país, sino también a su entorno inmediato, incluyendo al mismo escogido. Sin haber celebrado debate alguno en el seno de su organización política, el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), el Presidente celebraba un acto «hierúrgico», de transferencia sagrada de su autoridad al ungido, comportándose puertas adentro como un sultán dispuesto a garantizar su dinastía.[2] Según Weber, cuando se trata de una dominación carismática, no puede hablarse de una «libre elección» de quien sucede, sino «de un reconocimiento de que existe el carisma en el pretendiente a la sucesión» (Ibidem: 858). La escogencia del sucesor de Chávez por el mismo Chávez no estuvo mediada por esta exigencia. Nicolás Maduro carece de ese don especial, de esa gracia divina que rubrica a toda personalidad carismática. Su designación pasó por alto esa carencia.

Nicolás Maduro: el delfín insospechado

«Cuando Chávez decidió que fuera Maduro, yo lloré muchísimo. Qué prueba tan difícil nos pusiste (…) Si el comandante dice que es él, es él y lo sigo como un soldado» (Briceño

[2] Un intento de caracterización del régimen chavista en la perspectiva autoritaria sultánica puede verse en Arenas y Gómez Calcaño (2006b).

et al, 2015). Estas son las palabras de una militante del PSUV, miembro de una UBCH[3], las cuales dejan en evidencia una mezcla de insatisfacción resignada con lealtad incondicional hacia el desaparecido líder. Y es que antes de su nombramiento, Nicolás Maduro era para la gente común uno más del cuadro de los hombres de confianza del Presidente Chávez. Tenía una desventaja de entrada: no procedía de las filas castrenses; no formó parte del núcleo de uniformados que, comandados por Chávez, se había lanzado, por la vía de un golpe de Estado, a liberar al país de las «cúpulas podridas» que es como Chávez se refería a los viejos partidos, Acción Democrática y Copei. Ni siquiera le fue permitida la entrada a la residencia oficial a felicitar al Presidente la noche de su elección, el 6 de diciembre de 1998,[4] a pesar de que él se había convertido en el «mensajero secreto» del presidiario Chávez luego del fallido golpe de Estado. A pesar de este handicap, Maduro logró escalar posiciones dentro del gobierno, llegando a ser canciller por espacio de 6 años y luego Vicepresidente Ejecutivo. Según Santodomingo, Maduro era una especie de recipiente pasivo del verbo presidencial. Con el canciller, el Presidente «se sentía a sus anchas pues Maduro no hablaba, escuchaba. Para el joven canciller, el mundo empezó a brillar con Chávez. Él era su mundo, sin él no había otra Venezuela que recordar ni que imaginar» (Santodomingo, 2013:22). Ser escucha rendido del Presidente, sin embargo, sería sólo uno de los ingredientes que compactarían con el tiempo la predilección del mandatario por su fiel acólito. Maduro contaba también con otras cualidades las cuales, en el momento decisivo, hicieron posible la inclinación de la balanza a su favor. Así, en funciones de canciller, impulsaría lo que para Chávez era uno de sus mayores sueños bolivarianos: la integración de los pueblos latinoamericanos. De modo que, por ejemplo, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América, ALBA, la cual «arrastraba sus pies y no lograba sumar voluntades más allá de Cuba», amplía su radio con el ingreso de Bolivia, Nicaragua, Honduras y Ecuador, así como pequeños países del Caribe. Todo ello gracias al empuje del cónsul, como indica Santodomingo (Santodomingo, 2013:22). Este factor se sumaba al más importante acaso: Nicolás Maduro era un socialista de los «duros». Había sido militante de un pequeño partido radical, la Liga Socialista, con considerable presencia en las universidades del país; Había recibido entrenamiento en la Escuela Superior del Partido Comunista cubano, Ñico López y, por sobre todo, gozaba de

[3] Se trata de las Unidades de Batalla Hugo Chávez, organizaciones de base del partido de gobierno, entre cuyos objetivos se encuentra «estudiar y practicar la doctrina de la ética y la política chapista»; «defender (…) la revolución y combatir en cualquier terreno a los enemigos de la patria» así como «organizarse y cumplir las tareas para ganar las elecciones» (Partido Socialista Unido de Venezuela, PSUV s/n).

[4] La mayor parte de la información sobre el Presidente ofrecidas en esta parte, proviene del texto del periodista Roger Santodomingo (2013), basado parcialmente en entrevistas a aquél.

la confianza y el aprecio de los hermanos Castro[5] (Castellanos, 2013), particularmente de Fidel, una verdadera deidad para Hugo Chávez. Credencial esta suficiente, al parecer, para solventar sus desventajas en la competencia sucesoral con relación a los miembros de la logia militar protagonista de la insurrección del 92.

Hacia la presidencia, «desde mi corazón»

«Yo no soy Chávez, hablando estrictamente de la inteligencia, del carisma, de la fortaleza histórica. Una cosa es que soy chavista y vivo y muero por él (…), y otra cosa es que alguien pueda aspirar a que Nicolás Maduro sea Chávez, no (…)» (DPA Mundo: 2013). Con estas frases, el heredero aceptaba el apoyo a su candidatura ofrecido por el Partido Comunista de Venezuela (PCV). El reconocimiento de esta verdad le obligaba, tanto a él como a sus asesores, a adelantar la promoción de su figura desde un plano más bien secundario. Aunque muerto, simbólicamente Chávez seguía muy presente todavía. La campaña entonces debía enfocarse estratégicamente en el líder fallecido. Fue lo que se hizo en lo que pudiéramos entender como explotación política del carisma postmortem. A partir de allí se intentó dotar de legitimidad a un líder que hasta ese momento no la tenía. No era la primera vez, sin embargo, que en el mundo esto ocurría. La experiencia analizada por Carol Strong y Matt Killingsworth (2011) sobre el intento de legitimar la revolución rusa a partir de Stalin, reciclando la figura gloriosa de Vladimir Lenin, provee un interesante ejemplo en este sentido. Valiéndose de la teoría weberiana sobre la rutinización del carisma, los autores concluyen que el culto a la personalidad de Stalin tuvo como propósito legitimar al Estado soviético bajo su figura. Teniendo en cuenta el principio weberiano según el cual la dominación puramente carismática resulta «volátil» e «inestable», ya que depende de la interacción del jefe con sus seguidores, resulta imperativo alcanzar formas más estabilizadas e institucionalizadas de autoridad, a fin de perpetuar el estado de cosas nacido a la luz del carisma «puro» o «genuino». Esto es lo que explica la necesidad de manufacturar el carisma de Stalin; de mitologizarlo de cara a las masas. La operación política fue justificada por el propio Stalin en vista de la necesidad de sostener el legado bolchevique. Él no fue, argumentan los autores, un consumado héroe de la insurgencia revolucionaria; en consecuencia no participó de la «adulación popular dispensada a Lenin como el líder aceptado

[5]Este adiestramiento en Cuba explica el discurso de corte comunista de Nicolás Maduro inspirado en un marxismo rudimentario que evoca al marxismo ruso, sobre todo al caucásico, «limitado» y «primitivo» ajustado a las necesidades políticas de intelectuales retrasados de provincia del que, según Trotsky, hizo gala Stalin (Trotsky, 1956:28). Conviviendo con esta doctrina, en particular combinación, se mezcla en Maduro el culto a Sai Baba, una suerte de dios hindú considerado por el Presidente como un maestro que «nos guía con su amor y valores humanos. Valores que no son distintos a la ética socialista de nuestra revolución» (Santodomingo, 2013:160).

de la Revolución rusa». De allí que su estrategia de poder se ligara a la «cooptación» que el mismo hiciera del culto a Lenin. De este modo, «transformó exitosamente su opacidad como burócrata y administrador al dinámico líder» en que se auto-convirtió de la mano del partido comunista, logrando la «adulación» y «devoción» del pueblo soviético (Strong y Killingsworth, 2011: 409).

Algo similar se ha intentado con Maduro. A pesar de la distancia temporal y las condiciones históricas diversas, puede trazarse un paralelismo entre ambos procesos revolucionarios, radicado en la urgencia que los mismos experimentan de legitimar un personaje carente de «gracia», forzados por la exigencia de estabilidad y permanencia en el tiempo.

De este modo, la campaña del candidato Maduro se diseñó como si el mismo Chávez participara en una segunda jornada comicial,[6] de cuerpo ausente esta vez. Según el blog Jingle Electoral[7] la canción promocional de Nicolás Maduro fue un remix de la de Chávez. Tenía idéntico estilo de sonido, verso y estribillo, con la salvedad de que se incorporaron las últimas palabras pronunciadas públicamente por el difunto Presidente a fin de producir fuerte impacto en la audiencia. Con ello se intentaba proyectar continuidad a la campaña desplegada por Chávez intentando «amarrar el sentimiento de pérdida y hacerlo perpetuo, obteniendo ventajas y ganancias electorales» (Jingle Electoral: 2013).

Un experto en publicidad venezolano, Justo Morao (responsable del citado blog), calificó la faena como la más «fugaz y atípica» que se ha producido en el país pudiéndose apreciar en ella «técnicas de publicidad electoral jamás vistas en una democracia moderna». Si bien, sostuvo el experto, se elaboró una campaña que tanto en sus «métodos populistas como en su estética colorida y escandalosa», [sugirió] una continuación de la jornada electoral del difunto presidente, también se desarrolló la técnica del «endorsement» publicitario póstumo. Tal técnica se produce cuando una figura de mucha popularidad «presta» su imagen con el objeto de «recomendar el uso de un producto comercial o un producto determinado». En la publicidad electoral el endorsement se concreta «a través de una figura política de renombre que tiene aceptación entre sus seguidores de partido y/o ha tenido en su haber una gestión eficiente». En la campaña venezolana, resultó «algo novedoso el hecho de que la figura de

[6] Es necesario recordar en este punto que Chávez había concurrido a elecciones por un nuevo período presidencial en octubre de 2012 haciendo caso omiso de la enfermedad que le aquejaba. A pesar de resultar victorioso en la contienda no pudo juramentarse en la fecha correspondiente pues su situación de salud empeoró. Su deceso, el 5 de marzo de 2013, obligó a la convocatoria de nuevas elecciones las cuales debían llevarse a cabo, por mandato constitucional, 30 días luego de su desaparición. De manera que el país vivió dos campañas presidenciales muy seguidas.

[7] Jingle Electoral es un blog cuyo cometido es, según su web, «la divulgación al público del conocimiento práctico de la publicidad utilizada en campañas electorales, propaganda gubernamental y spots electorales de Venezuela y otros países».

Chávez haya sustituido a la de Maduro en su propia campaña electoral y la colocara para llamar activamente al voto por su candidato y su partido político, quedando Maduro relegado a un simple representante de esa voluntad póstuma» (Morao, 2013). De este modo, la decisión de sufragar se convirtió finalmente en una promesa de fidelidad al difunto a través del jingle: «Chavez te lo juro, mi voto es pa' Maduro». El icono más importante de la propaganda electoral oficialista, fue un corazón que sugería al del presidente desde el cual fluía el nombre del candidato en la búsqueda de apoyo a través de la frase: «Maduro desde mi corazón. Chávez para siempre».

Maduro: el legado populista

Según Weber, el carisma rutinizado deja de actuar revolucionariamente tal como en el momento de su nacimiento, convirtiéndose en el fundamento de derechos adquiridos. Así, al acceder Chávez al poder, la revolución bolivariana comienza a transitar «el camino del estatuto» transmutándose en un estado de cosas, cuyo fundamento ha sido perdurar en el tiempo a partir de «una posesión permanente de lo habitual y cotidiano». Los signos visibles de ese esfuerzo de permanencia fueron, entre otros, el diseño de una constitución «bolivariana» a fin de otorgar fundamento y legitimidad al cuerpo de aspiraciones sociopolíticas del proyecto chavista; la creación de un partido político (primero bajo el nombre Movimiento Quinta República (MVR), luego Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV); la cooptación de los poderes públicos concentrándolos en el Presidente. Esto último explica la conversión de Chávez en una suerte de «señor patrimonial», cuyos «prosélitos» se comportan como «comensales», «distinguidos con derechos especiales» «funcionarios del Estado y el partido». Tales «comensales» «quieren vivir del movimiento carismático» (Weber pp. 857-858). La concentración de poder en manos del Presidente Chávez, así como la institucionalización de distintas instancias públicas bajo la lógica revolucionaria fue legitimada por sus fieles, estimulados por la fascinación que aquél ejercía sobre los mismos.

Cuando Maduro alcanza la primera magistratura, ya se ha producido entonces un proceso de rutinización del proceso bolivariano que se ve enfrentado a la necesidad de darle continuidad a su dominación sin la presencia de su genuina autoridad carismática.

A conciencia de su nula vinculación carismática con la gente, Maduro intenta compensarse replicando profusamente el discurso populista de su mentor al mantener la «frontera política entre el pueblo y su otro» (Panizza, 2009:32). Como bien señala Laclau (2009: 59), «no hay populismo sin una construcción discursiva del enemigo». Es lo que el legatario ejercita cada vez que toma posesión del micrófono.

Siguiendo la doble vertiente de la narrativa chavista en la ubicación del «enemigo», - adentro y afuera- el Presidente Maduro enfila, ora contra los «pelucones», (oligarquía nacional), ora contra el imperio (USA, Obama, compañías transnacionales, etc). En el dis-

curso ambos agentes coinciden en su interés anti-pueblo. Adentro: «Hay que luchar contra los pelucones que odian al pueblo»; «Los pelucones son ridículos. Así son los pelucones. Los pelucones son acomplejados y tratan a los demás por encima del hombro y con desprecio»; «Llegó la hora (…) de elegir entre ellos o nosotros. O los pelucones o el pueblo. O la oligarquía o la patria». Afuera: «(…) este es el pueblo de Simón Bolívar, esta es tierra sagrada que no puede ser tocada (…) por bota imperialista jamás, y debemos garantizarlo con nuestra propia vida si es necesario»; «no podrán nunca los que confabulan y se conjuran para repartirse nuestra riqueza (…) no nos arrodillaremos jamás frente a este imperio arrogante que agrede y amenaza a Venezuela entera».

A la cadena de enemigos debe agregarse la propia disidencia interna, individualidades o partidos políticos otrora aliados, en un reclamo de unidad incondicional que concibe la diferencia de opiniones como traición.[8]

Este manejo maniqueo del campo social y político ha sido reforzado por un culto religioso a la persona de Chávez. Así, durante la campaña electoral de 2012 el candidato opositor Henrique Capriles visitó Sabaneta, el pueblo donde nació Chávez lo que Maduro condenaría santificando el lugar al decir: «Osó profanar la sagrada tierra revolucionaria de Sabaneta, ciudad natal de Chávez» (La Nación, 2013). No hay además ciudad, pueblo, o barrio cuyos muros no estén estampados con la imagen o los ojos del desaparecido líder. Con ello se intenta perpetuar, aún desde la muerte, su presencia vigilante en cada punto del paisaje nacional. Los complejos habitacionales construidos por el gobierno tienen plasmada, en gran formato, la firma del difunto; también aparece su rúbrica en la lencería y las vajillas con las que se equipan las viviendas asignadas. Como si de un Cristo vernáculo se tratara, el mandatario presenta la Misión Vivienda como «el milagro de Chávez en la tierra». No puede ser de otra manera: para Maduro «Hugo Chávez es el líder militar más importante de la patria en los siglos por venir, después de Simón Bolívar» (El Universal, 5-07-2015).

Como se ha dicho, Maduro afinca su acción política en el discurso divisor y en su adoración al «héroe» muerto; pero también ensaya una cercanía con el pueblo basada en la dádiva maravillosa e inesperada. Tal fue el caso de la señora que recibió una flamante camioneta de manos del Presidente, sólo porque ésta tuvo la «suerte» de que la caravana presidencial coincidiera con ella en la autopista, justo cuando su viejo auto sufriera una avería: «Saca todo de tu carro y te vas en esa camioneta [la presidencial] que yo mañana te entrego una igual», fueron sus palabras (www.vtv.gob.ve, 15-04-2015). O aquella otra

[8] Un análisis del tratamiento a la disidencia interna en el período de Hugo Chávez, se encuentra en Gómez Calcaño y Arenas (2013). Un ejemplo en este sentido lo provee el caso del partido Movimiento Electoral del Pueblo, MEP, una de las 11 organizaciones que forman parte del Gran Polo Patriótico (GPP), plataforma electoral del gobierno. Ante la intención de este partido de postular sus propios nombres a las elecciones parlamentarias previstas para diciembre de 2015, el Tribunal Supremo de Justicia destituyó a su Dirección Nacional designando a una sola persona en su reemplazo a la que se le facultó para escoger los respectivos candidatos (Contrapunto, 2015).

que le arrojó un mango y a cambio le gratificó con una vivienda. Treta publicitaria o no, la estrategia parece querer trasmitir que, de forma similar a Chávez, él también obra milagros. Tales milagros, no obstante, parecieran diluirse en el mar de dificultades en que el país naufraga desde que Nicolás Maduro arribó al poder.

¿Venciendo dificultades?

Justo al año de haber alcanzado la primera magistratura, el gobierno lanzó una campaña promocional de Maduro intentando aproximarlo a los sectores populares. Por más que la imagen de Chávez hubiera sido utilizada para socorrerlo en su acción ejecutiva, el malestar de la gente parecía imparable. En palabras de Morao (2014), «El llamado legado de Chávez que tanto se había promovido y vinculado a la publicidad gráfica y televisiva de Maduro no ha podido detener el descontento y las protestas sociales en torno a los problemas (…)» En un esfuerzo por presentar al Presidente como un hombre sencillo, cercano, se recurrió a la frase «Maduro es pueblo» insistiendo él mismo en presentarse ante el país como un «obrero», como el chofer que alguna vez fue, antes de alcanzar la presidencia.

Pero el balance de los resultados de su gobierno ha sido cada vez más desfavorable en la apreciación de los venezolanos. Así, según la encuestadora Datanálisis, una de las más reputadas del país, el 84% opina que la situación es negativa. Desde que Nicolás Maduro asumió el poder,[9] el respaldo al chavismo se ha derrumbado a la mitad. El día que Chávez hiciera su última aparición pública, se definía como chavista el 44% de la población. En julio de 2015, esa cifra descendía al 22% (El Nacional, 4-07-2015).

Esta importante caída en los apoyos del gobierno, se conecta con los problemas de deterioro en la calidad de vida de los venezolanos que se expresa en incremento de la pobreza, inflación, escasez de alimentos y otros bienes esenciales e inseguridad. Según el Informe de la CEPAL correspondiente a ese año, Venezuela registró un incremento de su índice de pobreza de 25,4% a 32,1% entre el año 2012 y 2013. Una investigación elaborada conjuntamente por tres grandes universidades del país, (Universidad Central de Venezuela, Universidad Católica Andrés Bello y Universidad Simón Bolivar), reveló que el nivel de pobreza actual es de 48%; superior en un 3% al registrado en 1998, año en el que Chávez ganó las elecciones. Las Misiones Sociales, el programa más publicitado por el gobierno, sólo atiende al 10% de la población en pobreza extrema.

La inflación acumulada anual con la que se cerró el año 2014 fue de 68,5% (Informe 21, 2015), la más alta del mundo. El Bank of America vaticina que para el año que transcurre la cifra será de 170% (eluniversal.com, 2015), según propias estimaciones ya que el

[9] No hay que olvidar que esta erosión del capital electoral chavista se inició con la elección de Maduro quien accede a la presidencia con apenas una diferencia del 1,59 % sobre su contendor Henrique Capriles.

gobierno no ha publicado cifras oficiales desde 2014. Los severos problemas de inseguridad constituyen también una causal de agobio para los venezolanos. Según el estudio de las referidas universidades, ocho de cada 10 personas señala que la violencia ha aumentado. En efecto, los delitos se han incrementado considerablemente cobijados en la enorme impunidad reinante la cual se ubica en un 90% (Entorno inteligente, 2014).

Una tesitura como ésta, tiene como correlato un incremento del número de protestas entendidas las mismas como «los acontecimientos visibles de acción pública contenciosa de un colectivo, orientados al sostenimiento de una demanda que, en general, está referida directa o [indirectamente] al Estado» (Schuster en Acosta: 2015:1). En efecto, según el Observatorio Venezolano de Conflictividad Social (OVCS), entre enero y diciembre de 2014 se registraron al menos 9.286 protestas en la totalidad del territorio nacional, cantidad inédita en las últimas décadas. Esta cifra equivale a 26 acciones de este tipo diariamente, y representa un aumento de las movilizaciones documentadas en 2013 cuando tuvieron una expresión diaria de 12 (OVCS Informe 2014). En el primer semestre de 2015 se identificaron 2.836 protestas representando un promedio nacional de 16 actividades de este tipo, número superior al testimoniado en el mismo lapso de los años 2011, 2012 y 2013 (OVCS Informe primer semestre 2015).

Esta situación de crisis manifiesta, ha hecho que el gobierno reaccione intentando nuevamente recolocar la imagen de Maduro, esta vez como un hombre capaz de enfrentar las adversidades. «Ante las dificultades con Maduro sigamos venciendo» insiste la pieza publicitaria en la que se le equipara con los héroes libertadores, también con Ho Chi Minh, Mandela y Chávez. Pero, como indica Anne Ruth Willner (en Strong y Killingsworth, Ibidem: 400), «(…) los mass media pueden ser un valioso aporte para promover el llamado carismático; [sin embargo] (…) no es seguro que puedan crearlo donde es pequeño o no tiene bases para su generación».

Más allá de la publicidad con la que se intenta una y otra vez posicionar al Presidente, la puesta en escena real, del día a día, lo muestra como un gobernante débil. El excapitán Diosdado Cabello, quien si participó en el levantamiento del 92, se ha convertido en la figura omnipotente del régimen absorbiendo fuerza y espacio a la majestad presidencial. Probablemente el lado flaco de Maduro –no provenir de la institución armada– sea cubierto por Cabello en un intento por mantener simbólicamente viva la herencia militar de Chávez, la cual históricamente se conecta con Bolivar, Ezequiel Zamora[10] y Fidel Castro, todos ellos héroes guerreros, iconos de la revolución chavista.

[10] Ezequiel Zamora fue un caudillo militar del siglo XIX venezolano, uno de los protagonistas de la Guerra Federal (1859-1863). Mitificado como «General del pueblo soberano», Zamora forma parte del «Árbol de las tres raíces», soporte ideológico del chavismo.

El chavismo no madurista: ¿una nueva identidad política?

Un focus group realizado en una barriada humilde de Caracas, a principios de 2015, recoge los siguientes testimonios: «…Tengo una corazonada de que este país va a cambiar pues son tantas cosas que están pasando las personas que ya estamos al borde de la locura; ya no se consiguen los alimentos (…) hay muchas madres que tienen niños pequeños y no consiguen los pañales, la leche. (...) Hay un odio contra este gobierno que hay ahora, la gente está agarrando odio… Hay mucha gente que está despertando porque Maduro no está haciendo nada bueno. Nuestro Presidente Chávez cuando veía que la balanza se le estaba bajando él la buscaba de acomodar (sic). Maduro no. Maduro ve que la balanza va hacia abajo y él deja que todo caiga al piso. Maduro no tiene el estatus para arreglar las cosas, Maduro no sabe nada de esto… Me arrepiento de haber votado por Maduro». Otra de las personas que se manifestó indicó: «Las expropiaciones han hecho un daño enorme al país»; mientras otra sentenció: «la corrupción nos está carcomiendo» (Briceño et al: 2015). Estas declaraciones reflejan el ánimo de una parte de la población desencantada con las ejecutorias del heredero de Hugo Chávez.

De acuerdo a Héctor Briceño (2015), el lapso que transcurre entre la llegada de Maduro a la presidencia en abril de 2013 y junio de 2015, ha presenciado «la aparición de nuevas identidades políticas que navegan entre los polos que han regido la política entre 1998 y 2013. Una de ellas: los chavistas no maduristas, desprendimiento polar del gran glaciar/ archipiélago del chavismo». A estas conclusiones llega Briceño sobre la base de resultados de un estudio llevado a cabo por el Centro de Estudios Políticos de la Universidad Católica Andrés Bello, los cuales indican que la mitad de los chavistas se declaran no maduristas. Este dato puede estar revelando que la adhesión a Maduro solicitada por el desaparecido caudillo, ha venido debilitándose cada vez más lo cual puede estar indicando, además, que el vínculo emocional de las bases con el chavismo pareciera descomponerse espoleado por las dificultades nacionales. Weber indica que el jefe carismático debe «probar su misión divina por el hecho de que a las personas que a él se consagran y en él crecen [sic] les va bien. Cuando no ocurre tal cosa no es ya manifiestamente el señor que ha sido enviado por los dioses» (cursivas de la autora) (Weber Ibidem: 850). Chávez era considerado una especie de semidios; Maduro, a pesar de ser su heredero, no es portador de dones carismáticos como aquél y, por añadidura, los adeptos comienzan a pasarla mal. El desánimo por la política y la ideología estaría tocando las puertas del chavismo, según se desprende del llamado del Presidente Maduro a las bases del Partido Socialista Unido de Venezuela: «Un pueblo despolitizado, desideologizado que abandone su campo de batalla por sus propios derechos y su propia patria, sería instrumento ciego de su propia destrucción y la destrucción del legado del Comandante Chávez. Camaradas (…) vamos hacia un proceso de renovación, de repolitización, de reideologización, de remoralización de nuestro pueblo. Vayamos al

encuentro de este fenómeno que va en contra del propio pueblo y lo pudiera condenar a perder los logros de la revolución y a la propia revolución» (Blog de Maduro, 2015). Todo indica que los elementos que hasta ahora han activado al proceso bolivariano comienzan a agotarse anclándose el mismo sólo en la esfera discursiva. Laclau puede sernos útil en este punto cuando advierte que «El régimen resultante de una ruptura populista se vuelve progresivamente más institucionalizado, de manera que la lógica diferencial comienza a prevalecer nuevamente y la identidad popular equivalencial se convierte en un langue de bois inoperante que gobierna cada vez menos el funcionamiento efectivo de la política (…) Encontramos en estos casos que la creciente distancia entre las demandas sociales concretas y el discurso equivalencial dominante conduce con frecuencia a la represión de las primeras y a la violenta imposición de este último»(Laclau, Ibidem: 67-68). La institucionalización del proyecto bolivariano que en este trabajo hemos asociado con la rutinización del carisma de su líder máximo, efectivamente se inició con el Presidente Chávez; sin embargo, pareciera que la lógica diferencial comienza a despuntar, expresada en el malestar de los sectores populares insatisfechos con el gobierno de Maduro y sus consiguientes demandas. Frente a ello la narrativa construida alrededor del pueblo que condensa todas las demandas populares se ha venido transformando en un langue de bois como apunta Laclau. Es decir, en un lenguaje vacío y repetitivo en el cual la lógica equivalencial es reproducida ad infinitum con el propósito de deslegitimar al adversario estatuido como enemigo que amenaza con aniquilar al poder popular. Así, ante la posibilidad de que el chavismo sea desalojado electoralmente del poder Maduro diría: «Prepárense para un tiempo de masacre y de muerte si fracasa la revolución bolivariana» (La prensa, 5-06-2015). «Si la derecha tomara la Asamblea Nacional, sucederían cosas muy graves (…) se desataría un proceso de confrontación social de calle. Yo sería el primero en lanzarme a la calle junto al pueblo para defender la revolución. El 27 de febrero [Caracazo], quedaría corto, pequeño, sería un niño de pecho (…)» (El Nacional, 22-06-2015). Este agresivo discurso, completamente ajeno a los principios democráticos, confirma la apreciación de Pierre Rosanvallon (2007:262) con respecto a los populismos cuando señala: «Los populistas contemporáneos (…) no se preocupan realmente de combatir en el terreno de la política ordinaria. Agitan más bien permanentemente el espectro de la decadencia, para presentarse como guardianes de lo extraordinario, como salvadores de situaciones extremas, profetas y maestros de un cierto Apocalipsis».

La amenaza de violencia por parte del Presidente Maduro, en caso de que los factores de oposición se vieran favorecidos por el voto popular muestra en primer lugar que para el populismo chavista-madurista, el pueblo reconocido como tal es aquél que se identifica con la revolución; en segundo lugar, que sólo los líderes bolivarianos expresan la verdadera voz del pueblo, en razón de lo cual el Estado y sus instituciones deben estar representados exclusivamente por aquéllos. Empero, el lenguaje cada vez más amenazador y excluyente

del Presidente, pareciera estar expresando, más bien, una reacción defensiva ante la pérdida de la fidelidad afectiva y política del sujeto popular a la revolución y las consecuencias que este hecho comporta para la continuidad del proceso revolucionario por la vía electoral. A despecho de estas amenazas y de un fuerte ventajismo oficialista en la carrera electoral, sin embargo, los comicios parlamentarios celebrados en diciembre de 2015, fueron ganados por la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), obteniendo 112 escaños; más del doble de los alcanzados por el gobierno. Tales resultados otorgan mayoría calificada a la oposición, alterando significativamente el balance de poder nacional.[11] Todo parece indicar que la ausencia de carisma en quien hoy aparece como la cabeza del liderazgo revolucionario pareciera hacer más difícil contener el desencanto y hacer que la población soporte los duros costos de la crisis. No obstante, un «cuadro administrativo» autoritario, heredero de un proyecto con inocultable vocación totalitaria, hará todo cuanto a su alcance esté para preservar su dominación asentada sobre sus «derechos adquiridos». La cabeza escogida por el mismo padre del proyecto, Hugo Chávez Frías, no obstante, pareciera poner en riesgo tales fines.

Conclusiones

El acceso a la presidencia de la república de Nicolás Maduro ha puesto de relieve, por contraste, el enorme peso que tuvo la condición carismática de Hugo Chávez en el curso de la revolución bolivariana. La ausencia de ese don especial en su sucesor y el reconocimiento de la misma, tanto por el propio elegido como por el gobierno, da sentido a los continuos esfuerzos por manufacturar su carisma recurriendo a la figura de su mentor. Tal maniobra recuerda a la que la revolución rusa ensayara con Stalin a partir de Lenin.

El déficit de carisma ha sido compensado por Maduro perpetuando las prácticas populistas que distinguieron al liderazgo de Hugo Chávez. Con ello es posible conjeturar que es factible replicar el discurso populista aun sin la presencia del ingrediente carismático. Esto es viable, sobre todo, una vez superado el periodo de «excitación carismática», es decir, cuando el «don» ha logrado rutinizarse con vistas a asegurar su dominio en el tiempo. Maduro llega al poder cuando el carisma de Hugo Chávez se ha estatuido y su autoridad se ha traducido ya en un variado complejo de instituciones bajo la lógica revolucionaria. La conformación de un régimen autoritario con ingredientes sultánicos y clara vocación totalitaria parece ser el resultado obligado del tipo de dominación carismática. Este tiempo histórico parece además corresponder al de la pérdida de eficacia del esfuerzo por establecer cadenas de equivalencia cuya construcción exitosa es posible sólo a la sombra del carisma genuino, como

[11] Este nivel de representación permite constitucionalmente, por ejemplo, tomar la iniciativa de convocatoria a una Asamblea Constituyente; modificar leyes orgánicas; remover Magistrados del Tribunal Supremo de Justicia; escoger los titulares de los órganos del poder ciudadano.

ocurrió con Chávez. De allí que la identidad popular equivalencial referida por Laclau, se transforma entonces en un discurso vacío y reiterativo, incapaz de dar cumplimiento a las transacciones que guían toda acción política. Las demandas sociales concretas, que en el caso venezolano giran en torno a la seguridad personal, al abastecimiento etc, comienzan a distanciarse de las equivalencias establecidas. La imposibilidad de respuesta satisfactoria a las mismas puede explicar la performance del Presidente Maduro en clave de violencia y amenaza. No se trata ahora sólo de exorcizar al enemigo de siempre, «pelucones» e «imperialismo», sino de las propias bases del chavismo despolitizadas, desideologizadas, desmovilizadas. Aguijoneadas por la situación de crisis generalizada, esas bases sociales y políticas lucen cada vez menos dispuestas al sacrificio por la revolución como quedó evidenciado con los resultados electorales parlamentarios. Los actores incluidos en la cadena de equivalencia como enemigos, terminaron siendo mayoría frente a un grupo de gobernantes aislado y de instituciones poco obedecidas. La ausencia de carisma en Maduro conspira contra el gobierno en la tarea de enfrentar la crisis de legitimidad incubada, por más que el discurso populista se radicalice. Esta situación abre espacios para que el régimen refuerce su necesidad de gobernabilidad por vías cada vez más autoritarias, menos democráticas.

Una última conclusión de este trabajo remite a la pregunta que se plantea a su inicio: ¿es posible un populismo sin carisma? El caso tratado en este texto, desafía los patrones de liderazgo populista admitidos por los estudiosos del fenómeno asociados todos ellos a los dones extraordinarios del líder. De allí que el caso Maduro, brinde posibilidades al debate académico en esta perspectiva.

Bibliografía

Acosta Yorelis J. (2015) «Comportamiento de la protesta en Venezuela. 1999-2012». Trabajo presentado en el VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 22-24 de julio.

Arenas, Nelly (2007) «Poder reconcentrado: el populismo autoritario de Hugo Chávez» en *Politeia* nº 39, vol. 30, pp 23-63.

Arenas, Nelly y **Luis Gómez Calcaño** (2006 a) *Populismo autoritario: Venezuela 1999-2005.* Cendes-CDCH, Caracas.

Arenas, Nelly y **Luis Gómez Calcaño** (2006 b) «El régimen populista en Venezuela. Avance o peligro para la democracia» en *Revista Internacional de Filosofía Política*, pp. 5-45,nº 28, diciembre.

Blog de Maduro (2015) «Presidente Maduro alerta sobre proceso de despolitización y desideologización de algunos sectores del pueblo» en http://www.nicolasmaduro.org.ve/presidente/presidente-maduro-alerta-sobre-proceso-de-despolitizacion-y-desideologizacion-de-algunos-sectores-del-pueblo/#.V

Briceño, Héctor (2015) «Chavistas no maduristas. Los nuevos actores políticos». Proyecto Integridad Electoral Venezolana. Universidad Católica Andrés Bello en http://politikaucab.net/2015/06/04/chavistas-no-maduristas-los-nuevos-actores-politicos-parte-1/

Briceño, Héctor (2015) Informe de Grupos Focales, «Expectativas de los ciudadanos», Mimeo, Caracas.

Castellanos, José Emilio (2013) «¿Porqué Nicolás Maduro es el hombre de los hermanos Castro?» en http://www.analisislibre.org/por-que-nicolas-maduro-es-el-hombre-de-los-hermanos-castro/

Contrapunto (2015) «TSJ interviene directiva del MEP y nombra nuevo presidente» en http://contrapunto.com/noticia/tsj-interviene-directiva-de-partido-chavista-y-nombra-nuevo-presidente/

De la Torre, Carlos (2013) «El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo» *Nueva Sociedad*, nº 274, septiembre-octubre

De la Torre, Carlos (2014) (Introduction) *The promise and perils of populism: Global perspectives*. The University Press of Kentucky, USA.

DPA Mundo (2013) «Nicolás Maduro reconoce no tener carisma de Chávez ni su fortaleza histórica» en http://www.latercera.com/noticia/mundo/2013/03/678-512915-9-nicolas-maduro-reconoce-no-tener-carisma-de-chavez-ni-su-fortaleza-historica.shtml

El Nacional (4-07-2015) «Datanálisis: Maduro bajó a la mitad el apoyo al chavismo» en http://www.el-nacional.com/politica/Datanalisis-Maduro-mitad-apoyo-chavismo_0_658134421.html

El Nacional (22-06-2015) «Yo seré el primero en lanzarme a la calle si la derecha tomara la AN» en http://www.el-nacional.com/sociedad/Maduro-primero-lanzarme-derecha-AN_3_651564874.html

El Universal (2015) «Bank of America: inflación cerrará el 2015 en Venezuela por encima de 170%» en www.eluniversal.com/economia/

Informe 21.com/bcv (2015) «Inflación acumulada anual se ubicó según BCV en 68,5%».

Entornointeligente (2014) «Inseguridad en Venezuela. El índice de impunidad alcanza el 90%» en http://www.entornointeligente.com/articulo/1842074/Inseguridad-en-Venezuela-el-indice-de-impunidad-alcanza-el-90-por-ciento-10012014

El Universal (5-07-2015) «Maduro: Chávez siempre buscó completar la obra del libertador» http://www.eluniversal.com/nacional-y-politica/150705/maduro-chavez-siempre-busco-completar-la-obra-del-libertador

Gómez Calcaño, Luis y **Nelly Arenas** (2013) «El populismo chavista: autoritarismo electoral para amigos y enemigos» en *Revista Cuadernos del Cendes* vol. 30, nº. 82, pp. 17-34.

Jingle Electoral (2013) «Canción electoral de Nicolás Maduro un remix de los éxitos de Chávez» en http://jingleelectoral.com/2013/03/22/cancion-electoral-de-nicolas-maduro-un-remix-de-los-exitos-de-chavez/

Laclau Ernesto (2009) «Populismo: ¿qué nos dice el nombre?» en Panizza Francisco (comp.) *El populismo como espejo de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

La Prensa (5-06- 2015).« «Prepárense para un tiempo de masacre y muerte si fracasa la revolución bolivariana» https://disqus.com/home/discussion/laprensapanama/video_preparense_para_un_tiempo_de_masacre_y_muerte_si_fracasa_la_revolucion_bolivariana_nicolas_mad/best/

La Nación (2013) «Sin el carisma de su líder Maduro gana exposición" http://www.lanacion.com.ar/1542351-sin-el-carisma-de-su-lider-maduro-gana-exposicion

Morao, Justo (2013) «Endorsement del más allá» en http://sesiondecontrol.com/actualidad/internacional/venezuela/endorsement-del-mas-alla/

Morao, Justo (2014) «El desgaste de la imagen política» http://jingleelectoral.com/2014/05/19/el-desgaste-de-la-imagen-politica/

Morao, Justo (2015) http://www.observatoriodeconflictos.org.ve/tendencias-de-la-conflictividad/conflictividad-social-en-venezuela-en-el-primer-semestre-de-2015.

Observatorio Venezolano de Conflictividad Social (2014) http://www.observatoriodeconflictos.org.ve/tendencias-de-la-conflictividad/informe-conflictividad-social-en-venezuela-en-2014

Panizza, Francisco (2009) Introducción. El populismo como espejo de la democracia, en Panizza (comp.) *El populismo como espejo de la democracia*, pp. 9-50. Fondo de Cultura Económica, México,

Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) s/n «Decálogo de las Unidades de Batalla Hugo Chávez (UBCH)» www.psuv.org.ve/decalogo-ubch/

Rie joven http://www.riejoven.org.ve/propuestas-venezuela-2015-analisis-de-las-condiciones-de-vida-venezuela-2014-ucab-ucv-usb-lacso/

Santodomingo, Roger (2013) *De Verde a Maduro*, edic. Debate, Caracas.

Strong, Carol y **Matt Killingsworth** (2011) « Stalin the charismatic leader?: explaining 'the cult of personality' as a legitimation technique», Politics, Religion, Ideology, vol. 12, nº 4, pp. 391-411 en http://www.academia.edu/8596505/Stalin_the_Charismatic_Leader_Explaining_the_Cult_of_Personality_as_a_Legitimation_Technique.

Trotsky, León (1956) *Stalin,* edic. José Janés, Barcelona.

Venezolana de Televisión (15-04-2015) «Maduro sorprende a familia, al bajarla de su catanare y le presta su camioneta» en www.vtv.gob.ve

Villarroel Gladys y **Nelson Ledezma** (2007) «Carisma y política. El liderazgo de Hugo Chávez desde la perspectiva de sus partidarios» en *Politeia*, pp. 1-22, nº 39, vol. 30.

Weber Max (1992) *Economía y sociedad.* FCE, México.

Zanatta, Loris (2008) «El populismo entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina» en file:///C:/Users/Nelly/Downloads/Dialnet-ElPopulismoEntreReligionYPoliticaSobreLasRaicesHis-4004958.pdf